
SEGUNDA PARTE.

EL NEGOCIO BOISCORAN.

I

La gran casa de Boiscoran, situada en la calle de la Universidad número 216, era de modesta apariencia.

Estrecho era el patio de la entrada, y era atrevido dar el nombre de jardín á algunos metros de tierra húmeda que seguían despues.

No había que fiarse en el exterior.

El cuerpo principal del edificio era una obra maestra en lo confortable, donde manos pacientes y cuidadosas habían reunido todo lo necesario á la vida con ese lujo sólido, cuyo gusto y secreto se pierden.

El pavimento del vestibulo era un mosaico admirable, traído de Venecia en 1798, por un Boiscoran que había acabado mal, uniéndose á la fortuna de Bonaparte.

La rampa de la escalera era una obra perfecta de cerrajería, y el enmaderamiento del comedor no tenía rival en París, después que se habían dispersado en venta de remate, las famosas maderas del castillo de Bèrey,

El salón en donde á la marquesa le gustaba rodearse de los hombres políticos, se encontraba á la altura de su magnificencia.

No había un mueble que hubiera sido admitido sin tener un valor artístico.

Se haría una buena adquisición comprando á peso de oro la guarnición de la chimenea.

La araña era una maravilla.

Cada una de las ocho telas suspendidas del artesonado, era la mejor obra de un maestro ilustre.

Sin embargo, todo aquello era nada, comparado con el gabinete de curiosidades del marqués de Boiscoran.

Situado en el segundo piso de la gran casa, donde ocupa todo el fondo y la mitad del largo, dispuesto en forma de taller, recibe luz por lo alto y haría las delicias de un artista.

En vastos armarios colocados en todo el derredor, se encuentran las colecciones del marqués, tesoros de todas las épocas, sus marfiles, sus esmaltes, sus bronceos, sus manuscritos únicos, sus porcelanas incomparables, y sobre to-

do sus lozas, sus queridas lozas, la alegría y el tormento de su vejez.

El hombre era digno del cuadro.

A los sesenta y un años que tenía entonces, el marqués estaba derecho como una I, siendo aunque delgado de la figura más aristocrática. Tenía una enorme nariz que no cesaba de llenar de tabaco, la boca larga pero no despoblada; unos ojillos brillantes, en que se leía toda la malicia de un aficionado en constante lucha con los artistas comerciantes de curiosidades y los parroquianos de remates al martillo.

En el año 1845 fué cuando llegó al apogeo de su carrera, señalándose por un gran discurso sobre el "derecho de reunión"; por lo que parecía que su reloj se detuvo en ese año.

Todas sus ideas traicionaban al hombre de la monarquía de Julio, lo mismo que su exterior, sus costumbres, su alta corbata, sus patillas, su cabello peinado en búcles sobre su frente, denunciaban al admirador del rey ciudadano.

No era motivo para que se ocupara de política, y hay más, para decir la verdad, no se ocupaba de nada.

Con la sola condición de respetar la incensiva pasión de su marido, la señora de Boiscoran, reinaba despóticamente en su casa administrando su fortuna, regenteando á su hijo

único Santiago, decidiendo sin apelacion sobre todas las cosas.

Era inútil pedir algo al marqués, su respuesta era invariable:

—Dirijios á mi mujer.

Aquel excelente hombre habia comprado la vispera, casi por azar, un lote muy considerable de loza, representando escenas de la Revolucion; serian las tres de la tarde cuando instalado en su gabinete, con una pieza convexa en la mano, se ocupaba de averiguar el origen y el valor de sus platonos y platos, cuando la puerta se abrió bruscamente.

Entró la marquesa llevando en la mano un papel azul.

Seis ú ocho años más joven que su marido, la señora de Boiscoran bien era la compañera que necesitaba aquel espíritu perezoso y amigo del reposo,

En su paso, en su gesto, en su voz, se reconocia en el acto á la mujer que lleva el gobierno, que manda y quiere ser obedecida á toda costa.

De una belleza en otro tiempo célebre, conservaba todavia algunos restos muy notables para dejar excusadas sus pretensiones. No tenia ninguna, afirmaba ella, diciendo que cuando es imposible evitar el estrago de los años,

es dar prueba de talento el aceptarlo con agrado.

Sin embargo, la cequeteria nunca perdía sus derechos. Si la señora de Boiscoran no se rejuvenecía, envejecia á su gusto. Los pocos años que las mujeres, de ordinario se esfuerzan en disimular, ella se obstinaba en añadirlos á su edad. Tenia una afecion particular por peinarse abultando su cabello gris en derredor de sus sienes, frescas todavia como las de una muchaha. Apenas se ponía en ellos polvo.

Estaba tan descompuesta y tan terriblemente agitada al entrar al gabinete de su marido, que se conmovió él que desde hacia muchos años habia hecho una ley el no conmoverse de nada,

Abandonando el plato que estaba examinando:

—¿Qué pasa? preguntó con una voz inquieto: ¿qué ha sucedido?...

—Una horrible desgracia.

—¡Ha muerto Santiago!... exclamó el viejo coleccionador.

La marquesa movió la cabeza.

—No, tal vez es más espantoso....

El viejo, que se habia enderezado á la vista de su mujer, se dejó caer pesadamente sobre su sillón.

--Dilo..... balbuceó, habla..... Tengo valor....

Ella le dió el papel azul que llevaba y lentamente:

—Mira, le dijo, el despacho que he recibido hace un instante del camarista de Santiago, nuestro viejo Antonio.

Con una mano temblorosa el marqués extendió el papel y leyó:

“*Desgracia espantosa*. —El señor Santiago ha sido acusado de haber incendiado el castillo de Valpinson y asesinado al conde de Claudieuse. Cargos terribles contra él. Interrogado, apenas ha podido defenderse. Acababa de ser aprehendido y conducido á la prision. Desesperado. ¡Qué hace!....”

La marquesa había temblado de que á su marido le causara un efecto espantoso aquel despacho, cuyo laconismo revelaban los terrores de Antonio.

Pero no hubo nada.

Con el aire más tranquilo colocó el despacho sobre la mesa, y alzando los hombros dijo:

—¡Eso es absurdo!

La señora de Boiscoran no pudo contenerse.

—No habeis comprendido, amigo mio..... comenzó.

El la interrumpió.

—He comprendido, dijo, que ha sido acusa-

do de un crimen que no puede haber cometido. ¡Es imposible que dudeis de él! ¡Qué madre sois, pues! Estoy por mi parte, os lo aseguro, perfectamente tranquilo. Santiago incendiario.... Santiago asesino.... Eso es estúpido.

—¡Ah! ¡no habeis leído el despacho! exclamó la marquesa.

—Perdonadme.

—¿No habeis visto que hay contra él cargos?....

—Si no hubieran encontrado cargos, es claro que no habrian podido detenerle. Es desagradable y aun penoso ...

—Pero no se ha defendido, señor....

—¡Por cierto!.... ¡Créis que si mañana vienen á acusarme de haber robado la tienda de un joyero, me tomaria la pena de defenderme?....

—No habeis visto, pues, señor, que Antonio cree á nuestro hijo culpable....

—Antonio es un viejo tonto.... declaró el marqués.

Y sacando su cajita se llenó la nariz de tabaco.

—Por otra parte, razonemos, dijo. ¿No me habeis dicho que Santiago está enamorado de la joven Dionisia de Chandoré?....

—Como un loco, señor, como un niño....

—¡Y ella?....

—Adora á Santiago, señor.

—¡Bueno! ¡No me habeis dicho que el día de su matrimonio está tambien definitivamente fijado!....

—Dentro de tres días.

—¿Santiago no os ha escrito nada sobre este asunto?

—Una carta encantadora....

—¿En la que os anuncia su llegada?

—Sí, queria hacer él mismo sus preparativos de boda....

Con un movimiento de fingida tranquilidad, el marqués pegó en la tapa de su cajita.

—¿Y queréis, dijo, que un muchacho tal como nuestro hijo Santiago, un Boiscoran, enamorado, querido, que vá á casarse, que tiene la cabeza llena con la canastilla de boda, haya cometido un crimen abominable?... Eso no se discute, y la prueba es que quiero, si lo teneis á bien, entregarme tranquilamente á mi ocupacion.

Si la duda es contagiosa, la fé es comunicativa.

Poco á poco la marquesa de Boiscoran se tranquilizó, con la soberbia seguridad de su marido. La sangre subió á sus mejillas y la sonrisa á sus pálidos labios.

Y con una voz más firme:

—Puede ser, en efecto, dijo, que haya sido demasiado ligera en alarmarme.

El marqués aprobó con un gesto.

—Sí, mucho muy ligera, querida amiga, dijo. Aun entre nosotros, os encargo que no os envanezcáis. ¡Cómo la justicia no habia de acusar á nuestro pobre Santiago, cuando sospecha de él su misma madre!

La señora de Boiscoran habia vuelto a tomar y á releer el despacho de Antonio.

—Y sin embargo, murmuró respondiendo á posteriores objeciones de su espíritu, ¿quién, pues, en mi lugar, no se habria espantado? Ese nombre de Cludieuse sobre todo....

¡Y bien! pero es el nombre de un gentil-hombre muy digno y muy leal, el mejor que yo sé, á despacho de sus costumbres de lobo marino.

—Han tenido varios disgustos.

—Necesariamente. Cludieuse es un furioso legitimista, y como tal, siempre habla con el mayor desprecio de todos nosotros, los que hemos sevido á la familia de Orleans.

—Santiago lo ha metido en un negocio judicial.

—En verdad que ha hecho bien, así como ha cometido en error en no llevar el proceso hasta el fin. Cludieuse ha tenido sobre el curso del rio que nos separa, la Pibola, pre-

tensiones muy exorbitantes. No ha querido en todas las estaciones, según su gusto, retener las aguas, á riesgo de inundar los prados de Boiscoran que son más bajos que los suyos. Mi difunto hermano, que fué un ángel de paciencia y de dulzura, tuvo que pelear con ese déspota....

Pero la marquesa no estaba convencida.

—Hay otra cosa, dijo.

—¿Cuál?

—¡Ah! eso es lo que me pregunto.

—¿Santiago no es lo que ha dado á entender?

—No. Hé aquí lo que ha pasado. El año último, en la casa de la duquesa de Champdoce, tuve la ocasion de encontrar á la condesa de Claudieuse y á sus hijas. Es encantadora, y como dábamos un baile la semana siguiente, me vino la idea, y la puse en ejecucion de invitarla. Rehusó con un tono de reserva tan glacial, que ya no daba lugar á insistir....

—Es que probablemente no tiene afeccion al baile, gruñó el marqués.

—Aquella misma noche le hablé de mi proceder á Santiago, se mostró muy descontento y me dijo, con un disgusto que apenas contenia su respeto, que habia cometido yo un gran error, que tenia sus razones para no querer nada de comun con esa gente....

Tan perfecta era la seguridad del señor de

Boiscoran, que ya no escucha sino á medias, distraido, dirigiendo sus miradas á sus preciosas lozas.

La señora de Boiscoran no prosiguió.

—En fin, preguntó, ¿qué haremos?....

Tenia tan poca costumbre de consultar á su marido, que éste se encontraba estupefacto.

—Lo importante, respondió, es sacar á Santiago de la prision..... será preciso ver..... consultar....

Fueron interrumpidos por unos golpes rápidos y suaves dados en la puerta.

—Entrad..... exclamó el marqués.

Entró un criado llevando un gran sobre con este rubro: telegrafia privada.

—¡Vaya!..... exclamó el marqués, estaba bien seguro!.... ¡Hé aquí lo que nos vá á devolver el reposo al espíritu!....

El criado se habia retirado; rompió el sobre.... Pero á la primera mirada que dirigió al despacho, la sonrisa se heló en sus labios, palideció y dijo solamente:

—¡Dios mio....

Rápida como el pensamiento, la señora de Boiscoran se apoderó del fatal papel.

Con un golpe de vista leyó:

«Venid pronto. Santiago preso é incomunicado, acusado de un crimen espantoso. Toda la ciudad dice que es culpable y él mismo lo

ha confesado. Es una infame calumnia. Su juez es su antiguo amigo que debía casarse con su prima Lavarande. Sólo sé que Santiago es inocente. Es una intriga abominable. El abuelo Chandoré y yo haremos imposibles. Vuestros recursos son indispensables. Venid, venid.

DIONISIA DE CHANDORÉ.

—¡Ah! ¡mi hijo está perdido! exclamó la marquesa de Boiscoran, anegada en lágrimas. Pero ya el marqués se había erguido bajo aquel terrible golpe.

—Y yo, dije, ahora más que nunca diré como Dionisia, que es una arrojada joven: Sí, Santiago es inocente. Pero está en peligro, lo reconozco.... es una peligrosa complicación la que trae un proceso criminal.... ¡Qué cosa no se le hace decir á un hombre incommunicado!

—¡Es preciso hacer algo!.... interrumpió la señora de Boiscoran medio loca de dolor.

—Sí, y sin perder un segundo.... Tenemos amigos..... Busquemos cuál de entre ellos nos servirá con más utilidad....

—Puedo escribir al señor de Margeril....

De pálido que estaba el marqués, se usó livido.

—¡Sois vos!... exclamó: ¡vos, quien se

atreve á pronunciar delante de mí ese nombre!....

—El es poderoso, señor; mi hijo está en peligro....

Con un gesto amenazador la detuvo el marqués.

—Quisiera mejor, exclamó con el acento del odio más atroz, quisiera mil veces dejar á mi hijo inocente, perecer en el cadalso, que deberle su vida á ese hombre....

La marquesa de Boiscoran parecía próxima á desmayarse.

—¡Dios mío! balbuceó ella, bien sabéis que no he sido sino una imprudente....

—¡Bastante!.... interrumpió duramente el marqués.

Y dominándose, gracias á un poderoso esfuerzo:

—Antes de intentar nada, es preciso saber con quién se cuenta, replicó. Esta tarde partireis para Sauveterre....

—¿Sola?....

—No. Os encontraré un consejero, un legista hábil y seguro.... un abogado que no sea hombre de política.... si es que queda alguno.... Os guiará allá, y me tendrá al corriente, para que pueda hacer algo según las circunstancias... Dionisia tiene razón: Santiago debe ser víctima de alguna tenebrosa in-

triga.... No importa, lo salvaremos.... Pero necesitamos calma.... mucha calma....

Y diciendo esto, llamó con tal violencia, que todos los criados acudieron azorados.

— Pronto, mandó el señor de Boiscoran, que vayan á buscar á mi abogado, el señor Chapelain.... que tomen un coche.

El criado que se encargó de la comision, lo hizo con tal diligencia, que veinte minutos despues, el señor Chapelain entró.

— ¡ Ah! tenemos necesidad de toda vuestra experiencia, mi digno amigo, le dijo el marqués. Tomad, leed esos despachos....

Muy felizmente el abogado supo guardar el secreto de sus impresiones, porque creia en la culpabilidad de Santiago, sabiendo muy bien con qué circunspeccion se dictan esas ordenes de arresto.

— Tengo el hombre que necesita la señora marquesa, dijo al fin.

— ¡ Ah!

— Un muchacho á quien su modestia siempre le ha impedido prosperar, por más que sea uno de los hábiles jurisconsultos que conozco, un admirable orador.

— ¿ Cómo se llama?....

— Manuel Folgat.... O: lo voy á enviar.... Dos horas despues, en efecto, el protegido

del señor Chapelain franqueaba el dintel de la puerta de la gran casa de Boiscoran.

Era un hombre de treinta á treinta y dos años, muy moreno, con grandes ojos muy abiertos, en toda su fisonomía respiraba la inteligencia y la energia.

Estuvo con el marqués, el cual despues de haberle expuesto lo que sabia de la situacion de Santiago, le hizo conocer el terreno en que iba á proceder, diciéndole que aliados y adversarios encontraría en Sauveterre, recomendándole sobre todo, que se fiara del señor Seneschal, un viejo amigo de la familia, personaje influyente y el más astuto de todos esos diplomáticos de subprefectura, que tienen sus puntos de contacto con Maquiavelo.

— Todo lo que sea humanamente posible hacer se hará, señor, dijo el abogado.

Aquella misma noche á las ocho y quince minutos, la marquesa de Boiscoran y Manuel Folgat tomaron asiento en un wagon del ferrocarril de Orleans.